

Álvaro Bermejo

EL EVANGELIO
DEL TÍBET

algaida
eco

La novela *El evangelio del Tíbet*, de
Álvaro Bermejo, ganó el II Premio
Ateneo de Novela Histórica.

Primera edición: 2011

© Álvaro Bermejo, 2008, 2011
© Algaida Editores, 2011
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-559-4
Depósito legal: NA. 38-2011
Impresión: Rodesa, S. A.
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Primera parte: ADN DE CRISTO	9
Segunda parte: TRAS LOS PASOS DEL BUDA BLANCO	11
Tercera parte: UN PEZ EN EL TÍBET	143
Cuarta parte: DEMONIOS CON FORMA DE MUJER ..	195
Quinta parte: LA CRUZ DE TIELONTANG	255
Sexta parte: EL VINO DEL REY DEL MUNDO	299
Séptima parte: MAHATTISA	341
Octava parte: EL PUNTO OMEGA	417
Novena parte: LA ÚLTIMA PUERTA	453

PRIMERA PARTE
ADN DE CRISTO

PRIMAVERA DE 1947. EN LA PALESTINA DEL PRO-tectorado Británico, mientras las milicias árabes y judías batallan por el dominio de Jerusalén y la región entera vive una guerra civil encubierta, un joven beduino busca una cabra perdida entre los riscos de Qumrán, un paraje desértico en las cercanías del Mar Muerto. Hace un calor seco, de zarza ardiente: las piedras humean, y hasta el canto de las chicharras abrasa la piel. Seguro que la maldita cabra ha enfilado el laberinto de cavernas que horadan la montaña. Las cabras de Qumrán son muy testarudas cuando olfatean una brizna de hierba o un rastro de agua, casi tanto como los beduinos cuando tratan de recuperarlas. Una vez en la cima del risco, el joven arroja unos cuantos guijarros por las grietas más profundas. Sabe que la montaña está hueca, y con un poco de suerte el eco de los guijarros asustará al animal, que acabará saliendo a la luz por el hueco más inesperado. No obstante, el sonido que llega del fondo de la sima no es el habitual. Una de las piedras parece haber golpeado un objeto de barro,

una tinaja o un ánfora. «¡Que el Perro me lleve! —exclama el cabrero—. ¡Tal vez allá abajo me espera el mismísimo tesoro de Suleimán!».

Al momento lía su *keffiyah* como una soga y se descuelga por la estrecha garganta. «Todo sea por el tesoro de Saladino», se dice un instante antes de dejarse caer, porque su *keffiyah* no da para más. Al menos cae de pie, sin romperse la crisma. Al dar el primer paso nota que se ha torcido un tobillo, pero no se queja: lo que acaba de iluminar su candil le deja sin palabras. La garganta se abre en una gran cavidad abovedada donde hay, no una, sino decenas de tinajas negras y rayadas, de las que se utilizaban en tiempos antiguos para los sacrificios.

El beduino se precipita a abrir la más voluminosa. Le cuesta abrazarla, tiene que emplear toda su fuerza. Esta pesa, masculla prometiéndose un botín digno de un rey. Cuando al fin consigue volcarla, sin embargo, de su boca sólo se vierte un amasijo de cueros raídos y anudados con filacterias.

Una tras otra las va volcando todas, cada vez más decepcionado: las tinajas no encierran joyas preciosas, ni ornamentos regios, ni una bolsa de siclos de oro, ni un mísero denario. En su interior sólo se amontonan ajados pergaminos, que se deshacen como telarañas polvorientas al tocarlos.

Valía más su cabra, que al fin apareció enredada en las ramas de un espino, no muy lejos de la

sima. «¡Tú tienes la culpa de todo!», le espetó, golpeándola con uno de aquellos rollos y llevándosela hasta la jaima del jeque de su tribu, él cojeando y ella a rastras.

El viejo jeque pensó lo mismo que el joven cabrero: «Esto no vale nada». «¿Pero si sólo eran pellejos sin valor —se preguntó luego—, por qué se tomaron la molestia de esconderlos?». No tenían nada que perder llevando aquella maloliente reliquia a la Universidad Hebrea de Jerusalén: conocía bien la extraña forma de pensar de aquellos sionistas. Quién sabe si ellos les encontrarían un significado o incluso un valor, por peregrino que fuera.

Por supuesto, el funcionario bostezante que lo archivó en una bolsa de plástico ni sospechó —mejor dicho, ni se molestó en sospechar— que aquel rollo contenía un libro completo del profeta Isaías escrito en tiempos de Cristo. «Sí, es viejo —le dijo por toda explicación al jeque, que parecía más viejo aún, y sin embargo no se ofendió—, estas letras que se deshacen huelen a más de mil años.»

Pero ni el beduino, ni el jeque, ni el funcionario hubieran imaginado jamás que lo que había pasado por sus manos se iba a valorar como uno de los mayores hallazgos culturales y religiosos del siglo xx.

Y menos aún que ese pergamino polvoriento que no valía el vellón de una cabra iba a originar una auténtica revolución.

SÓLO QUE, PARA QUE ESO SUCEDIERA, TUVIERON que pasar veinte años más. Y naturalmente, mi amigo Manuel y yo tampoco lo sabíamos.

En la Primavera de 1967 Manuel Nájera era un joven y brillante arqueólogo español que acababa de llegar al campo de excavaciones de Nablus, y yo sólo un periodista destinado en aquel manicomio cisjordano, a la caza de un titular que me valiese un Pulitzer. Lo tenía difícil. La crónica de todos los días se repetía como el canto del muecín en la Explanada de las Mezquitas, agónica, vengativa, indestructible. Más comunicados de los mil frentes de liberación, nuevas crisis de los sucesivos gobiernos provisionales, y de vez en cuando un buen bombazo para dar la razón a los profetas del desastre.

Menos mal que todas las noches encontrábamos un hueco para otra música. Después de una ducha, me ponía un caftán al estilo de George Harrison, y con eso y el carné de prensa, me dejaba caer por el elegante hotel Semiramis, más ele-

gante tras el cerco de sacos terreros que protegían el bar del *lobby*. Allí, Manuel Nájera y una terna de locos prematuramente alopécicos y bastante miopes, aunque todos con un whisky largo en la mano —los expertos de la comisión internacional instituida para descifrarlos—, escenificaban cada día su batalla particular en torno a esos pergaminos que extraían a manos llenas de las cuevas de Qumrán y que pronto serían conocidos en todo el mundo como los Rollos del Mar Muerto.

La polémica estaba centrada en la posibilidad de que tales manuscritos pertenecieran a una escisión de la secta de los esenios, que debió de establecerse en aquellos parajes con el fin de crear una comunidad más estricta, la comunidad de la Nueva Alianza, cuyo misticismo mesiánico no era incompatible con la guerra santa contra la ocupación romana, como los zelotes que se suicidaron por centenares en la fortaleza de Masada al verse cercados por las legiones del César. Fuesen esenios o zelotes, lo cierto es que los propietarios de aquellos pergaminos los abandonaron precipitadamente tras la gran sublevación judía contra Roma, y este hecho fijaba como fecha última de los manuscritos el año 68 d.C.

No obstante, a medida que la datación de los rollos iba retrocediendo en el tiempo, del 60 al 50, del 30 al año cero, y aún más atrás, la información oficial pasó a suministrarse con cuentagotas. Y es que, de pronto, allá en Qumrán, había

aparecido la figura de un enigmático Maestro de Justicia, al que la comunidad llamaba literalmente Mesías, que fue perseguido, torturado y crucificado. En torno a él se sentaban los Doce Mejores y su ceremonial consistía en un banquete comunitario muy parecido a la Última Cena, donde se consagraban el pan y el vino.

Algunos investigadores no pudieron callar lo que otros ocultaban: que aquellos textos dibujaban un personaje muy similar a Jesús de Nazareth y una doctrina que podría haber inspirado al mismo Cristo. En los textos de Qumrán del siglo I a.C. ya aparece la idea de un mesianismo sacerdotal, la expresión Hijo de Dios y hasta formas literarias como las Bienaventuranzas.

Estas afirmaciones, en apariencia nada iconoclastas, fueron interpretadas como una profanación por los arqueólogos católicos, pues entendían que devaluaban la excepcionalidad de Cristo y de su misión divina. Por aquel entonces, el papa Juan XXIII acababa de exculpar oficialmente a los judíos de la muerte del Redentor. Sólo así se explica que el gobierno de Tel Aviv se mostrara tan complaciente con las exigencias del Vaticano: tras el primer escándalo, en apenas unas semanas, se produjo una purga no menos escandalosa en la comisión internacional. Todos los paleógrafos no creyentes fueron excluidos, los disidentes silenciados, y los más incontrolables, invitados a abandonar Tierra Santa. El británico John Marco Alle-

gro era uno de ellos, un tipo tan extravagante como Manuel Nájera y, como él, toda una autoridad en temas semíticos tras la publicación de sus tesis sobre los Oráculos de Balam y el Libro de los Números.